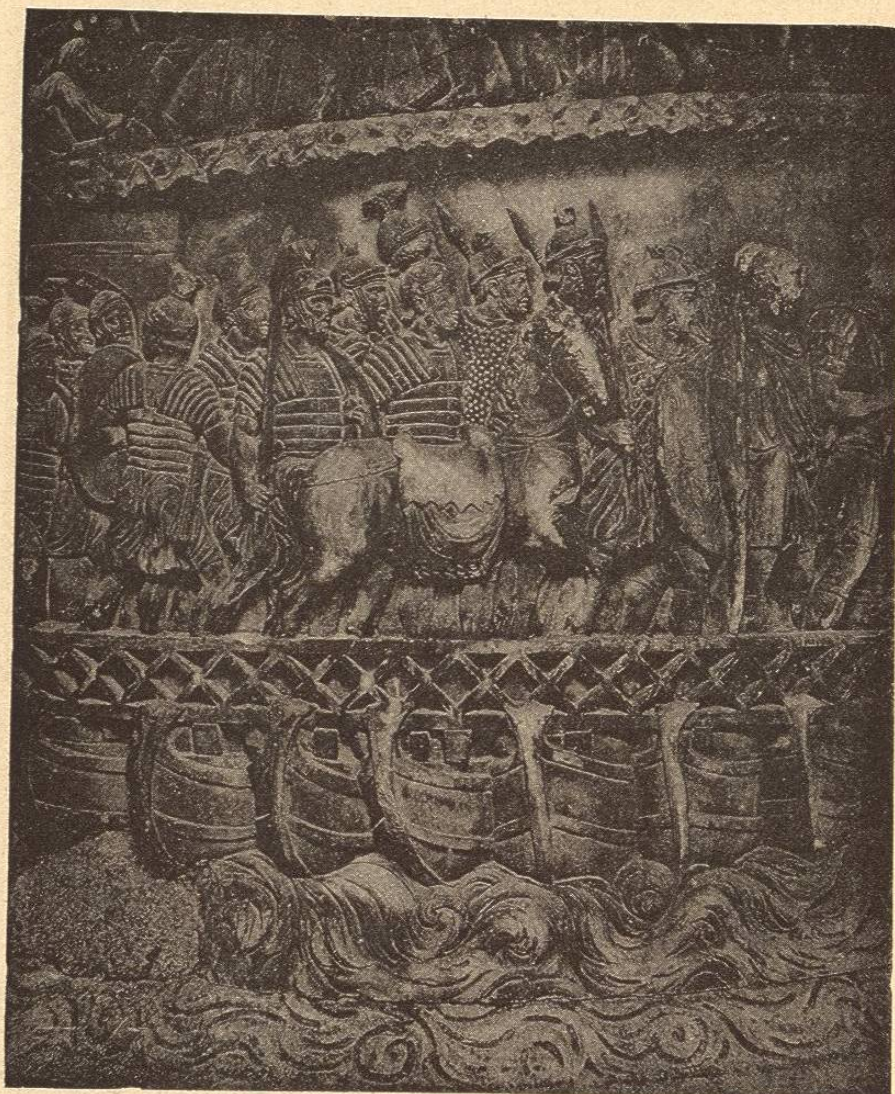


llaron su muralla sobre una longitud doble, de modo que le hicieron describir un ángulo agudo hacia la Schwäbische Alb, con un lado paralelo al Neckar, el otro al Danubio. Un historiador alemán explica



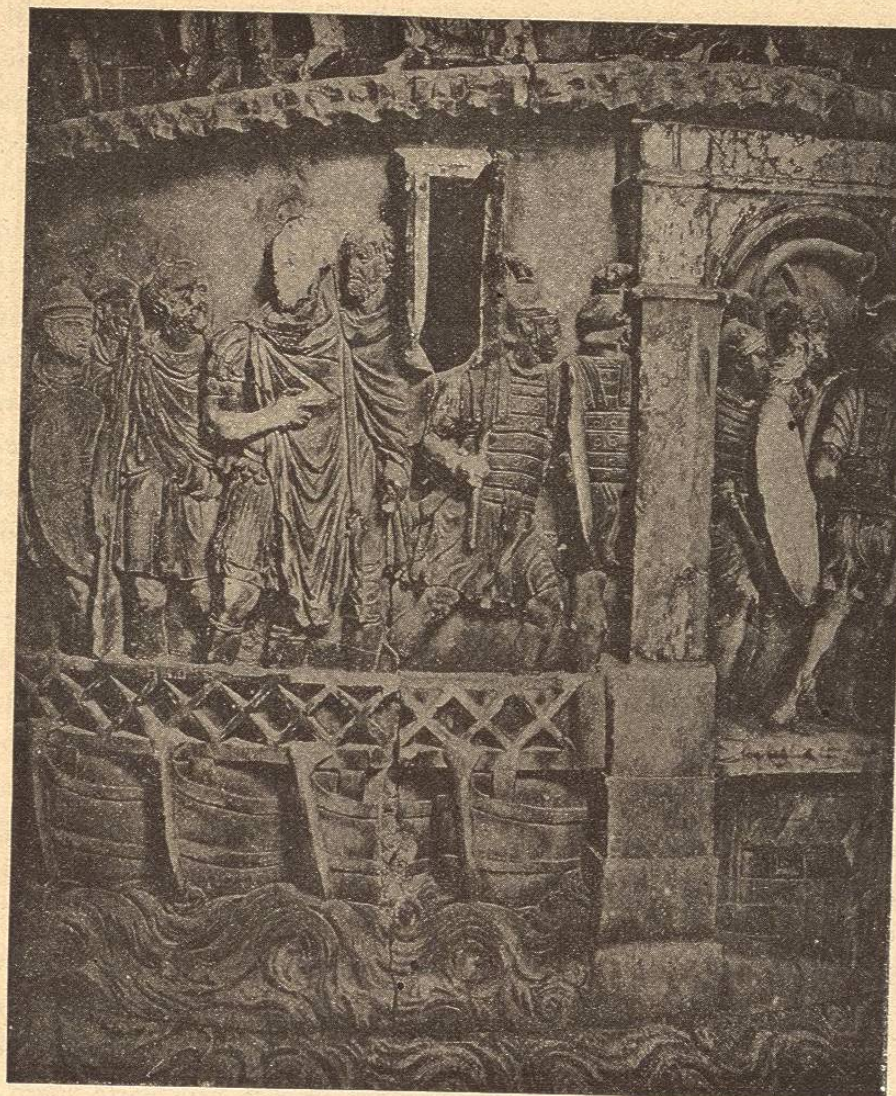
FRAGMENTO DE LA COLUMNA TRAJANA

Cl. Sellier.

El ejército romano pasando el Danubio sobre un puente de barcas.

este raro resalto de la muralla diciendo que casi coincide con el límite de los bosques de coníferas, tales como existían en aquella época y como las revelan de una manera precisa los restos de bosque

y los nombres de las villas y de las aldeas. En parte alguna se despojaron los constructores romanos del «horror» del bosque de pinos; no invadieron los bosques sino en los sitios donde se com-



FRAGMENTO DE LA COLUMNA ROMANA

Cl. Sellier.

El ejército romano pasando el Danubio sobre un puente de barcas.

ponían de árboles de hojas caducas, en los claros numerosos, en el suelo graso y fértil productor de esencias apreciadas. Hasta después de la ruina del Imperio, la frontera marcada por la muralla constituyó

durante siglos una línea de división étnica: como que había sido trazada por la naturaleza geológica del suelo y por la vegetación espontánea que de la misma había resultado. Los grandes desmontes y la población de la comarca que había quedado fuera del territorio de la expansión imperial, se realizaron con lentitud durante los siglos de la Edad Media. Los bosques de coníferas fueron siempre los últimos atacados por el hacha de los leñadores¹; todavía son esos bosques el coronamiento familiar de los montes germánicos.

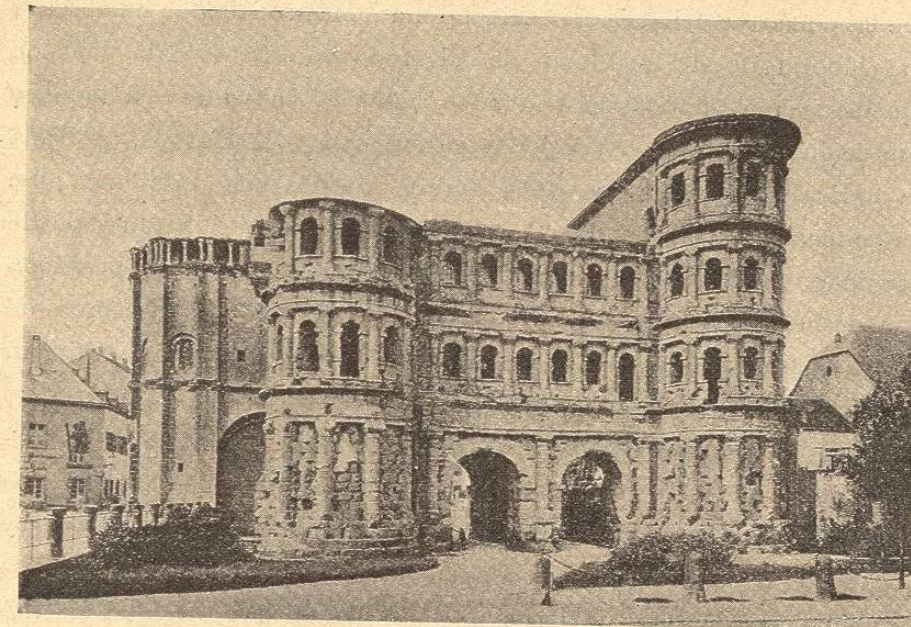
Se ha solido emitir la hipótesis de que grandes acontecimientos ocurridos en la vida planetaria habían sido la causa de la conmoción general de las naciones en esta época crítica². Aunque esta teoría no haya sido aún demostrada, es harto plausible para que la atención no se fije en seguida en ella. Las relaciones de causa á efecto que se observan en los mil pequeños movimientos de la historia entre las condiciones cambiantes del medio y las reacciones de este ambiente sobre las poblaciones en el mismo comprendidas, deben encontrarse en proporciones tanto mayores en la influencia de los fenómenos principales de la vida del globo sobre la vida de las naciones. Una crecida fluvial, el incendio de un bosque, la invasión de las arenas en una ensenada ó el hundimiento imperceptible del suelo causan la ruina ó la prosperidad de aldeas y de villas, obligándoles á desplazarse ó atrayendo la multitud de las inmediaciones; del mismo modo, todas las revoluciones de la tierra y del mar, todos los poderosos meteoros, vientos, tempestades, lluvias y principalmente las sequías prolongadas que hacen evaporar los lagos, precipitar las eflorescencias salinas, secar y quemar las hierbas, tienen por consecuencia inevitable cambios profundos y rápidos en el destino de los pueblos.

Se sabe hasta no quedar la menor duda que el área habitable de la Kachgaria, entre Tian-chan, Pamir y Kuen-lun, se ha estrechado considerablemente desde una docena de siglos á esta parte, pero la cuenca del Tarim es una pequeñísima fracción del mundo asiático y se necesitaría un conjunto mayor de hechos geográficos y sociológicos extendiéndose sobre un período más largo para sentirse con

¹ R. Gradmann, *Petermann's Mitteilungen*, 1899, p. 57 y sig.

² Véase especialmente Pierre Kropotkine, *The Dessication of Eurasia*, the *Geographical Journal*, 1904, I, p. 723.

derecho de referir el exodo de los Hunos á algún fenómeno terrestre. Cualesquiera que hayan sido las causas y las peripecias diversas de esos amplios movimientos étnicos, no deja de resultar el hecho constante de que, según los impulsos recibidos, los pueblos debieron desplazarse en un sentido ó en otro, para encontrarse con otras na-



PUERTA ROMANA EN TRÉVERIS

Cl. Sellier.

ciones en sus emigraciones forzosas, y determinar así por contacto y de un extremo á otro del mundo una transformación completa en el equilibrio general.

Por la naturaleza misma de las cosas, las comunidades humanas más movedizas, las menos ligadas á la tierra, habían de ser las que, en esos grandes remolinos de hombres, se desplazaban más rápidamente y recorrían las mayores extensiones: las poblaciones nómadas comenzaban y apresuraban el movimiento de emigración, en el cual los agricultores residentes acababan á pesar suyo por tomar parte. Fué, pues, la región de los pastos sin límites, el «Mar de las Hierbas», que comprende, desde el Pamir al Pacífico, las inmensas comarcas de la Kachgaria, de la Dsungaria, de la Mongolia y de la Manchuria, la que llegó á ser naturalmente el punto de equilibrio inestable

desde el cual se propagaban las ondulaciones en la masa de los pueblos. Allí comenzaban todos los grandes exodos destructores.

También los Occidentales que hubieron de sufrir ese espantoso diluvio de pueblos conquistadores, se imaginaron que aquellos bárbaros que venían en multitudes del fondo del Oriente pertenecían á una raza prolífica como la de la langosta. Un cronista antiguo¹ dice que las comarcas del Asia nor-oriental eran una «oficina de hombres», un «laboratorio de pueblos», de tal modo se espantó á la vista de aquellas masas devastadoras que se avalanzaban sobre el imperio que se hundía. Pero en aquella misma época, la Europa, poblada de agricultores, tenía sin duda alguna muchos más habitantes que las extensiones del continente asiático. Si, no obstante, se puede imaginar que las estepas del Asia central eran un «taller de pueblos» que desbordaban sin cesar, es debido á que los movimientos de exodo comprendían á la vez casi toda una gran comunidad nacional, arrastrada en una misma corriente como el agua de un río ó como la nieve de una avalancha. El inmenso espacio uniforme de las llanuras había determinado la reunión innumerable de hombres en una sola masa de apariencia homogénea, constituyendo como un solo y prodigioso individuo. Gracias á esa cohesión nacional y á su extrema movilidad, esas masas humanas se desbordaban en corrientes irresistibles, sea de un lado hacia la China, sea del otro hacia Europa, destruyendo ó sometiendo las poblaciones agrícolas que encontraban en su camino. No ha de olvidarse tampoco que Europa al oeste del Dniepr sólo tiene una superficie pequeña comparada con Asia: un grupo humano desaparece invisible si se halla esparcido sobre un gran territorio y parece innumerable si se concentra en un territorio estrechado.

¡Cuántos diluvios de hombres han debido producirse así durante el curso de las edades! Mientras la historia, puramente local, no pudo abarcar un extenso conjunto de pueblos, los grandes acontecimientos quedaban inexplicados, viéndose aparecer de repente extrañas multitudes, choques terribles lanzaban grandes masas humanas unas contra otras, comarcas enteras se despoblaban y después el silen-

¹ Jornandés (Jordanis), *Histoire des Goths*, cap. IV.

cio y el olvido se extendían sobre el horrible acontecimiento. Cuando las naciones llegaron á ser bastante conscientes por sí mismas para estudiarse en sus relaciones con el resto de la humanidad, la memoria de esos hechos se conservó cada vez más precisa; así es como los historiadores de Roma han podido referirnos las incursiones de los Galos, las de los Cimbrios y de los Teutones, pero sin poder seguir á través del continente las idas y venidas de los pueblos en marcha.

Cinco siglos y medio antes de la toma de Roma por Alarico, una gran conmoción de pueblos nómadas del Asia septentrional propagaba ya sus ondulaciones en dirección de Europa. Los Hiung-Nu, antepasados de los Hunos, habían desalojado de sus territorios á las poblaciones nor-occidentales de la provincia actual de Kan-Su, y éstas emigraron en masa en la dirección del Tian-Chan. Fugitivos respecto de aquellos que les perseguían, conquistadores cerca de aquellos á quienes rechazaban delante de sí, esos pueblos, conocidos bajo el nombre de Yue-tchi, y probablemente de origen turco, invadieron toda la región de los pastos relativamente poco elevados, que constituye actualmente el país de Kuldja, después, expulsados de la comarca por los primeros habitantes, se esparcieron más allá de las grandes llanuras del Turkestan, hasta el Oxus, cuyos ribereños, de procedencia irania, sometieron. Estos acontecimientos tuvieron lugar hace más de veinte siglos, pero es imposible fijar la fecha precisa, toda vez que las emigraciones de hordas acompañadas de rebaños han solido durar varias décadas sucesivas. Convertidos en dueños de un pueblo civilizado, hábil en la cultura del suelo y en las diversas industrias urbanas, los Yue-tchi se civilizaron á medias ellos mismos y se hallaron pronto en relaciones de comercio con los Occidentales por mediación de los Arsacidas de la meseta de Irania. En la época en que el Imperio Romano tomaba su gran extensión en el mundo occidental, los Yue-tchi, dueños de toda la vertiente del Tian-Chan y de los Pamir en el Turkestan actual, poseían también las altas tierras del Afghanistan y los caminos de la India; sus monedas muestranlos influídos sucesivamente por civilizaciones diversas, á medida que se alejan de su punto de partida en el Nan-Chan: son helenizados en la Bactriana, después siviados en el país de los Cinco-Ríos y, finalmente, se convierten en